



SUJETO E HISTORIA, UNA RELACION POLEMICA*

CATALINA LEON PESANTEZ

El acaecer de los acontecimientos actuales nos ha obligado a pensarlos desde universos y constelaciones múltiples. Al parecer, estamos sumidos en un momento en donde los grandes sistemas e ideas están en pos de refundar nuevos contenidos, nuevas claves y códigos para descifrar el entorno; clausuras y reaperturas teóricas se hacen necesarias para explicar y comprender la realidad.

En este horizonte categorías como libertad, progreso, democracia, revolución, ética, si bien tienen una larga historia conceptual, sin embargo, hoy, su resignificación y una nueva nueva lectura es un requerimiento.

Todas estas reflexiones están encaminadas a analizar nuestras condiciones desde una mirada más precisa, de ahí la necesidad de buscar lógicas históricas heterogéneas, que expliquen el porqué del comportamiento de los grupos sociales y el porqué nuestras sociedades se resisten a conformarse en identidades más claras y definidas.

En el presente trabajo tratamos de reseñar una de las vías de entrada hacia las formas de modernización de la estructura social del país, desde la distinción entre formas "comunales" y "societales" de organización social.●

* Este trabajo es parte del informe final del Proyecto "Formas políticas tradicionales y nuevas politicidades en el Ecuador de hoy", elaborado en el IDIS, Cuenca, julio de 1994.

«... Poco importa que ese sujeto esté o no descentrado. Lo esencial no es lo que se ha hecho del hombre, sino lo que él hace con lo que se ha hecho de él. Lo que se ha hecho del hombre son las estructuras, los conjuntos significantes que estudian las ciencias humanas. Lo que él hace, es la historia misma, la superación real de esas estructuras en una praxis totalizadora.»

(«SARTRE: el último metafísico»)

Esta es una imagen alrededor de la que, en décadas pasadas, giraban expresiones como: «muerte del hombre», «crisis de las filosofías del cogito», «descentramiento del sujeto», «crisis del sujeto». Todas estas afirmaciones miradas en su conjunto manifestaron la sospecha y la desconfianza en la historia.

Esta dinámica generó reacciones por la presencia de un antropocentrismo que convirtió la historia universal en un saber superior a cualquier otro, de un lado, y de otro, se reafirmó la presencia de una historia en donde la praxis de los sujetos fue la realidad fundamental y primaria.

Razón analítica y razón histórica fueron los antagónicos que otrora nutrieron el debate en las ciencias sociales, señalando los límites tanto de la estructura como de la historia. En este contexto Lévi Strauss, denunció al sujeto como el «insoportable niño mimado que ocupó demasiado tiempo el escenario filosófico, e impidió todo trabajo serio exigiendo atención exclusiva»¹; y para J. P. Sartre explicar los fenómenos sociales a partir de la estructura es recurrir al positivismo: «Volvemos al positivismo. Solamente que ya no es un positivismo de los hechos, es un positivismo de los signos»².

Estructura e Historia dieron cuenta de un punto de vista frente a la teoría, constituyeron una sensibilidad frente

al presente; pero ahora ya no es actual, porque las condiciones han cambiado y sobre todo porque cualquier punto de vista por certero que parezca está condenado al deterioro, y por lo tanto a su desvanecimiento.

Sin embargo, y a pesar de que no podemos pedir como préstamo a otros tiempos, normas para analizar el presente, creemos que este es el lugar en donde tropiezan la tradición y la innovación. De ahí que en las actuales circunstancias, la sospecha sobre el sujeto y la historia que genera se nos manifieste inmersa en otros horizontes, que no son precisamente los del racionalismo deductivista, del que son herederos la Razón analítica y en gran medida la Razón histórica.

La tradición humanística de la metafísica occidental ha modelado un sujeto en sí, abstracto, que descentrado o no, ha quedado debilitado en la historia y la acción, lo cual ha conducido a múltiples paradojas y sobre todo a incomprendimientos de la realidad.

Hoy, la sospecha sobre el sujeto de la metafísica tradicional asiste a su ocaso, y, el devenir de nuevos sucesos nos obliga a pensarlo desde universos y constelaciones múltiples. Al parecer, estamos sumidos en un momento en donde los grandes sistemas e ideas están en pos de refundar nuevos contenidos, nuevas claves y códigos para descifrar su entorno; en estas circuns-

¹ LEVI STRAUSS, C. El hombre desnudo. Edit. siglo XXI, México, 1976, p. 621.

² SARTRE, J. P. El último metafísico. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1968, p. 146.

tancias el sujeto portante de esta conciencia continúa preguntándose por la historia y su lugar en ella, por su quehacer cotidiano y futuro.

Pretensiones y alcances en el «nuevo» discurso histórico

En el horizonte del debate actual la búsqueda de categorías explicativas de la realidad es una condición apremiante, por ello el «nuevo» discurso histórico tiene orientaciones múltiples. Así, una de sus tendencias es romper con las interpretaciones que los grandes sistemas de pensamiento filosófico, social y político han realizado de la historia, propiciando la legitimación de una historia individual, en donde el quehacer de los sujetos se agota y se consume en la inmediatez del presente, y las tareas del hombre son vistas y catalogadas como historia, pero una historia sin legados que cumplir, sin representaciones omnicomprendivas que padecer, sin oráculos teológicos que respondan a las causas últimas del sujeto de la historia.

Por otro lado, se percibe también que los grandes sistemas se resisten a su colapso, pese a que el «Espíritu Universal», que lleva en sí lo real y lo posible, se ha mostrado ineficiente frente a los desafíos del presente. Y hoy, otra tendencia del «nuevo» discurso histórico es revivirlo, ubicándolo en el aquí y en el ahora como expresión máxima de sus capacidades y posibilidades, y como expresión del «fin de la historia», entendida como «fin de las ideologías».

Esta proclama no es novedosa en la historia, pues siempre ha estado presente tratando como fuere, de fundamentar y regular la vida de los hombres. De una u otra forma su pretensión ha

sido hacer de la historia un cauce, en donde el hombre tiene libertad para todo, menos para desbordarse.

Hoy, el resurgimiento del Espíritu Universal se nos manifiesta paradójico, como fin de la evolución ideológica de la humanidad, cuya expresión filosófico-política es, o el «estado homogéneo universal», o la «conciencia democrática-igualitaria moderna»; y a la vez como historia ya cumplida, como cultura sin compromisos ...

Creemos, sin embargo, que la reflexión sobre la historia no se agota ni en la inmediatez del presente, ni en la regulación ejercida por los grandes sistemas, si tomamos como centro de su devenir al ser humano en sus manifestaciones posibles, y en su constante conflicto por articular el ser y el deber ser, la razón y el interés, el conocer y el actuar, valoraciones a las que hay que entenderlas como concretos pensados, generados y generadores de una praxis histórica.

Urge también la necesidad de superar aquella noción de la historia entendida como el espacio en donde la Idea ejerce el desarrollo de su libertad, y concebirla más bien como el «quehacer» de un sujeto histórico que plasma en su hacer cotidiano sus singulares potencialidades y capacidades. El «quehacer» no puede evadir lo que será. Esto es, no puede abstraer el futuro, porque presente y futuro se implican mutuamente, razón por la que la historia encierra de una u otra forma, un espíritu proyectivo.

Este ámbito posibilita pensar nuestra historia, la latinoamericana, desde su singularidad y desde su específica constitución, sin diluirla en supuestos trascendentes o hipostasiarla en categorías absolutas, precisando que el

«nosotros» alcanza su plenitud de sentido solo cuando se señala el sujeto que lo enuncia.

El horizonte mencionado exige la reapertura de ciertas nociones y categorías que permitan la reelaboración del análisis de nuestra problemática, en la perspectiva de su porvenir, de ahí que el debate actual de las ciencias sociales en América Latina y en el Ecuador esté en la búsqueda permanente de categorías explicativas de los fenómenos presentes.

Categorías como libertad, progreso, democracia, revolución, si bien han tenido una larga trayectoria conceptual en el ámbito de la Historia del Pensamiento Latinoamericano, sin embargo, hoy, adquieren vigencia y una significación peculiar proporcionada por el debate modernidad-postmodernidad, que nos ha planteado no precisamente su clausura, sino una nueva lectura frente a los nuevos acontecimientos.

Progreso y unilateralidad en la historia

No cabe duda que el cambio y la transformación en la historia confluyen o se dirigen hacia la innovación y la renovación, hacia la sustitución de lo viejo por lo nuevo, hacia la reconstrucción de lo viejo como nuevo. Por ello podemos afirmar que todos los instrumentos que permiten la reproducción social, sean éstos, técnicas de producción, consumo y circulación; dispositivos conceptuales; mecanismos de socialización y comunicación; esquemas estéticos y formas culturales, mitos y ritos, están sometidos a

ese indetenible decurrir de lo «adelantado» a lo «atrasado».

El rápido cambio hacia nuevos y novedosas técnicas para la reproducción social, hace de la innovación un proceso que se lo ha identificado desde una dirección unilateral: la innovación como la inclinación hacia lo mejor, que no es otra cosa que, el aumento de la riqueza, el desarrollo de la libertad, la ampliación de la democracia, el ejercicio de la justicia y del derecho, en definitiva, se lo ha identificado con el «perfeccionamiento de la civilización». Esta visión ha elaborado una noción del tiempo como el constante fluir, siempre ascendente de la vida, como una «corriente no solo continua y rectilínea sino además cualitativamente ascendente, sometida de grado a la atracción irresistible que el futuro ejerce por sí mismo en tanto que sede de la excelencia»³; y una idea del Progreso como el desarrollo al infinito de las capacidades de los hombres, tornándose esta noción en la articuladora de la modernidad.

Esta visión sin dejar de representar la principal tendencia y sin disminuir su importancia, ha sido la dominante en la filosofía de la historia y la que ha primado en los análisis de las sociedades de occidente.

La idea de progreso como movimiento siempre ascendente no es ajena a la constitución de nuestra sociedad, pues, el continente americano ha tenido sus formas específicas de percepción de esta problemática, de ahí que se haya constituido como un espacio simbólico sui géneris, con una herencia histórica singular. De este modo el

³ ECHEVERRIA, Bolívar. «Modernidad y capitalismo». Revista Nariz del Diablo N° 15, 1990, p. 59.

occidente americano sufrió desde sus propias entrañas los anhelos del advenimiento del modelo europeo de la modernidad.

No es ninguna novedad plantear que hasta hace poco realidades como la latinoamericana se definían desde la mirada del Progreso y del desarrollo, esto es, desde el llamado «perfeccionamiento de la civilización», basándose en su mayor o menor atraso respecto a los centros euronorteamericanos de producción de la modernidad.

Desde esta perspectiva se veía que la modernidad no rendía sus frutos en América Latina, o porque había residuos de feudalismo tradicional, que era necesario erradicar, o porque se planteaba que la ausencia de la modernidad en países subdesarrollados resultaba ser funcional e instrumental a los intereses del capital internacional. Otra versión fue aquella que lo comparó desde el punto de vista ideológico, es decir, desde su mayor o menor acercamiento a una forma más avanzada de capitalismo o socialismo.

Si bien América Latina no respondía a las expectativas de este diseño, sin embargo, según la visión del Progreso, se planteaba que ella estaba en el camino de la modernidad y la modernización.

Hoy, esta visión unilateral del Progreso en la historia ha sido cuestionada desde diversas perspectivas, no solo desde el llamado antiprogreso, gestado desde el mismo eurocentrismo, sino desde lógicas diversas que buscan ex-

plicar la especificidad de los procesos. Analizar las circunstancias histórico-sociales de América Latina desde la misma lógica del desarrollo social y productivo de la modernidad europea es deformarla, de ahí que al buscar su peculiar configuración, el análisis actual sugiere, más bien la búsqueda de lógicas históricas heterogéneas que expliquen un concreto histórico, en nuestro caso, una América Latina.

Modernidad y conflicto entre lo comunal y lo societal

Al estudiar las condiciones socio-políticas y económicas de América Latina se puede percibir que ellas se caracterizan por una permanente contradicción entre las demandas sociales y los modelos económicos de desarrollo, entre la sociedad y el Estado, entre diferentes formas de expresión socio-culturales, así como también se percibe la presencia de formas de populismos frente a la aspirada racionalidad de la democracia.

Estas circunstancias y otras han llevado a que muchos investigadores sociales se hayan preguntado por qué nuestras sociedades se resisten a «completarse en una forma acabada de nación»⁴, o atribuyen la situación actual al «estado incompleto de formación de la nación».

En otros casos se ha llegado a la conclusión de que en nuestra sociedad existe «una clara dificultad de consolidar identidades y de construir de manera consensual, un orden legíti-

⁴ SANCHEZ-PARGA, J. «La sociedad contra sí misma o por qué son democráticamente ingobernables nuestras sociedades». Memorias del VI Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador y América Latina. IDIS, Cuenca, 1989, p. 80.

mo»⁵, atribuyendo este estado a un déficit de ciudadanía, el mismo que tiene su raíz en el origen de la sociedad, que se gestó «sin un pacto social altamente incluyente, sino por acuerdos y entendimientos en la élite»⁶.

Todas estas reflexiones llevan a preguntar por las lógicas sociales que articulan a las sociedades latinoamericanas, o a preguntar por qué nuestras sociedades se resisten a normarse por los instrumentos político-jurídicos que la democracia proporciona, lo que ha conducido a analizar el entramado social desde horizontes y perspectivas diferentes.

En este contexto tratamos de reseñar una de las vías de entrada hacia las formas de modernización de la estructura social del país, desde la distinción weberiana entre formas «comunales» y «societales» de organización social.

En esta perspectiva, según algunas investigaciones, se registran un gran número de comunidades, asociaciones, cooperativas, agrupaciones, sindicatos, gremios, juntas, comités en funcionamiento. Estos datos han permitido ubicar a nuestra sociedad como «corporativa». Al respecto Sánchez-Parga, afirma que «fue esta constante (continuamente incrementada) y tupida (...) gremialidad la que nos llevó a pensar en qué medida la textura social de nuestra sociedad más que de ciudadanías (individualidades) se encontraba tejida de corporalidades sociales»⁷.

Según este criterio nuestras sociedades se organizarían a través de formas «comunales» antes que «societales», situación que ha incidido en su comportamiento político, en la constitución de ciudadanías, y ha limitado el ejercicio de la democracia. Así por ejemplo, en el campo político es en el interior de un gremio, de una comuna, en donde sus miembros ejercen sus derechos. Es la pertenencia a la corporación la que garantiza el ejercicio de los derechos del ciudadano, y a su vez, es la mediación entre sus miembros, la sociedad y el Estado.

Otra entrada para abordar las formas modernas de constitución de la sociedad y de sus actores, ha sido el análisis de la vida cotidiana de los sectores medios urbanos. Desde este punto de vista se ha descubierto la dificultad que tienen los actores de la realidad, de construir grupos orgánicos, de ahí que nuestra sociedad «es más un agregado de individuos que un cuerpo orgánico en cuya base están grupos sociales claramente delimitados»⁸.

Esta caracterización parte del supuesto y de la afirmación de que el proceso de urbanización es un camino irreversible, lo que ha generado implícitamente, la vinculación de la condición urbana a la condición moderna. En otros términos, la urbanización y la constitución de grandes ciudades, nos permitirían hablar de una modernidad en América Latina: «...para países no plenamente (o deformadamente) industrializados, la ciudad sería, intrínsecamente, la modernidad...»⁹.

⁵ PACHANO, Simón. «Crisis de legitimidad del Estado: Estado y sociedad civil». Ponencia presentada al I Seminario sobre Pensamiento Social en el Ecuador y América Latina. «Modernidad y Modernización en el Ecuador de Hoy». Cuenca, 1991, p. 7.

⁶ Diario HOY. Suplemento N° 10: «Sexto Sentido». Entrevista a Amparo Menéndez. p. 6.

⁷ SANCHEZ-PARGA, J. Op.cit., p. 85.

⁸ PACHANO, S. Op. Cit., p. 1.

⁹ LEDGARD, Reynaldo. «Condición urbana y modernidad». Modernidad en los Andes. Centro de Estudios Regionales Andinos «Bartolomé de las Casas», Cuzco, 1990, p. 230.

Este planteamiento de la modernidad en América Latina no puede ser visto desde el parámetro eurocéntrico, según el cual una sociedad agraria se transforma en industrial moderna, sino como el paso de una sociedad rural a una sociedad urbana. «Para América Latina (...) la ciudad no sería tan solo la deplorable consecuencia de un forzado proceso de modernización, sino la razón misma por la que tenemos que hablar desde la modernidad. La propuesta es considerar a la condición urbana como definitoria de la condición moderna»¹⁰.

La modernidad identificada con la formación de la ciudad urbana, en nuestros países, está ligada directamente con la migración del campo a la ciudad, lo que implicaría el paso de una sociedad rural a una sociedad urbana.

Este planteamiento ha cobrado vigencia fundamentalmente en el Perú, en la perspectiva de fundamentar nuestra peculiaridad, y caracterizar nuestra identidad en términos de la modernidad, en oposición a la caracterización eurocéntrica. De ahí que, desde esta visión, para la realidad de América Latina sea pertinente el uso del término sociedad urbana en lugar de sociedad industrial.

Según este criterio poner énfasis en la sociedad urbana, contribuye a aclarar la polémica sobre la modernidad en nuestros países, por ello que, discutir sobre la modernidad debería «ser discutir sobre la ciudad como categoría concreta de la realidad; una perspectiva

con ventajas epistemológicas y prácticas, que además nos alivia -aunque solo parcialmente- de la conflictiva relación entre modernidad y progreso»¹¹.

Este punto de vista va asociado con la incorporación del mundo andino al mundo urbano, con la aparición de la sociedad moderna, y con la consiguiente aparición de nuevas formas de asociación o disociación del tejido social, así como también con la ruptura del concepto de comunidad, con el surgimiento de una nueva idea de individuo, y con el problema de conciliar la migración y la identidad.

Si durante la década de los 70's la ciencia social en el Ecuador creyó firmemente en el crecimiento de las ciudades y por lo tanto en el carácter irreversible del proceso de urbanización, hoy podemos decir que su ritmo se ha redefinido. Así, según los datos del V Censo, hay más bien un decrecimiento en las grandes ciudades del país, debido al desencanto que la gran ciudad ha provocado.

Esto evidencia la complejidad de la composición social de nuestra realidad, y a la vez la dificultad de caracterizarla. De ahí que la propuesta de definir nuestra sociedad como sociedad urbana en lugar de sociedad industrial es muy discutible, no solo por los datos cuantitativos que en nuestro caso revelan un decrecimiento, sino porque ello implica analizar la problemática desde los «efectos de una modernidad».

No cabe duda de la importancia del análisis y la caracterización de las

¹⁰ Idem, p. 230.

¹¹ Idem, p. 231.

capas medias de las ciudades grandes del país, de su cultura y de su participación en la vida política; pero no es posible generalizar el patrón cultural de este sector, referente a su vida cotidiana, a la relación con el Estado y con la sociedad, porque la organización social de nuestro territorio todavía no ha experimentado la masificación urbana de la modernidad del tipo euro-norteamericano.

Explicación y comprensión en los sujetos sociales

La complejidad en la organización de la sociedad implica el análisis de la constitución de los sujetos que ejecutan y estructuran el entramado social, problemática que también ha sido tratada desde horizontes diversos; por ejemplo, la presencia del elemento teleológico, así como también su rechazo, ha sido una de las constantes manifiestas en la discusión sobre su constitución.

Para muchos la acción social expresada por sus ejecutores, no puede ser ni comprendida, ni explicada desde «la intencionalidad» implícita en la acción, ni desde la conciencia que de ella se tenga, porque esto implicaría recurrir a una racionalidad finalista. En este horizonte el actor y la acción deben ser pensados en relación con «un mismo enunciado teórico: un actor social se constituye en y por la producción de determinadas prácticas (y discursividades) sociales; es la producción de prácticas sociales que constituye actores sociales»¹². Además toda acción y movimiento social se gesta en una

estructura social específica, determinada por las condiciones de cada formación nacional.

No se puede negar que toda acción se remite a una forma de sociabilidad particular, generada en un momento histórico social determinado. Tampoco se puede negar que la conciencia pueda formarse una imagen global del mundo, pero limitada por el contexto de su propia especificidad y particularidad. Es decir en este ámbito la conciencia puede ser reflexiva de su propia limitación y puede rebasar su propia particularidad: «el 'ser-propiamente-así' de la conciencia se establece a partir del modo específico en que esta conciencia se represente su mundo particular, aunque sea bajo la forma crítica; y por la ruptura de la posibilidad de acceso a la conciencia para-sí, completa y total»¹³.

La comprensión y la explicación de las acciones y la conciencia de ellas, no se circunscribe, ni se agota en esa misma acción, porque ella comporta más de una posibilidad de explicación, es decir, «hay siempre una deficiencia o un margen insalvable; esto es, una deuda impagable de la conciencia respecto de su comprensión de lo real. La imagen de la particularidad que el ser social se forma, es siempre una asíntota, una aproximación permanente»¹⁴.

En otros términos diríamos que el horizonte de comprensión desde el que juzgamos al sujeto de la acción no es único, porque «no constituimos mónadas «sin ventana» que engranamos en una armonía universal preestablecida (...) sino mónadas con una aper-

¹² SANCHEZ-PARGA, J. Op. 88.

¹³ Proyecto Conflicto y modernización en el Ecuador de hoy. Impactos sociales y políticos de la modernización, presentado y aprobado por el CONUEP, IDIS, 1993, p. 6.2.

¹⁴ Idem, p. 6.2.

tura desde la cual nos encontramos actuando como sujetos abiertos a un proceso en que lo histórico va destruyendo las ontologías del ser y nos va mostrando insertos en el mundo variado y muchas veces imprevisible de los entes»¹⁵.

Por ello pensamos que América Latina y el Ecuador se definen a partir de una compleja estructura social en donde coexisten la heterogeneidad, la simultaneidad y la secuencialidad de tiempo en un mismo proceso y movimiento. Encontramos simultáneamente una sociedad rural, una sociedad mercantil, una sociedad industrial.

Las acciones de los sujetos y movimientos sociales están determinados por estas circunstancias, de ahí la complejidad de sus comportamientos y del análisis que ello significa.

En este contexto una de las líneas de análisis en nuestro país, es el principio cultural de integración comunal que rige a gran parte de las manifestaciones de la vida socioeconómica y política. Según esto en una sociedad como la ecuatoriana, se ha considerado que, «los «actores sociales» son siempre actores políticos», y que no hay «acción social» que no se encuentre subsumida por una «acción política». Lo cual se traduciría en un déficit de acción social y un excedente de acción política»¹⁶.

La excesiva politización o la acción social sobredeterminada por un excedente político según este planteamiento, genera «una racionalidad expresivo-comunitativa, e intensamente inter-

peladora y productora de discursividades (reivindicativas o de denuncia) que una racionalidad instrumental y operativa, capaz de acciones programáticas y eficaces»¹⁷.

Desde otras perspectivas, las expresividades de las acciones sociales en la sociedad civil, han sido caracterizadas o definidas como la «inmediatez de lo político», entendiéndolo como una dimensión fenoménica de la relación entre grupos sociales y el Estado, en tanto toda lucha social, todo reclamo de cualquier gremio o corporación es planteada directamente al Estado, sin mediación alguna.

Este fenómeno ha sido analizado, no tanto como «hiperpolitización» de la sociedad civil, sino como conflictos internos a la misma sociedad civil, que por permanecer irresueltos tienen una presencia permanente en la escena pública: «no constituye una hiperpolitización en la medida en que, (...) permanece atado a la sociedad civil y tiende a disolverse en ella con la misma rapidez con la que emergió, sin dejar mayores huellas en la sociedad política...»¹⁸.

Según otros análisis el comportamiento cotidiano de los individuos en la sociedad civil se reproduce a nivel de lo político. En este sentido se ha afirmado que «se constituye una cultura política que no logra expresar identidades colectivas y que no se plantea como objetivo la constitución de un orden consensual (...). Resultado directo de esto es la limitada capacidad que muestra el sistema político para lograr la

¹⁵ ROIG, A. A. Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano. Fondo de Cultura Económica, México, 1981, p. 21.

¹⁶ SANCHEZ PARGA, J. Op. cit., p. 89.

¹⁷ SANCHEZ PARGA, J. Op. cit., p. 90.

¹⁸ Proyecto... Op. cit., p. 6.6.

representación de intereses (...). Se hace evidente, entonces, la fractura entre la vida cotidiana (...) y la vida política.»¹⁹

* * *

Al parecer todos los proyectos confluyen en la necesidad de continuar con el proyecto de la modernidad, ya sea porque ésta se truncó, o porque está fallida, o se estancó, proponiendo, en unos casos, la restauración de la ciudadanía, la misma que se conseguiría cuando los actores sociales se hallen ciudadanamente constituidos, en la perspectiva de incidir en el ejercicio de la democracia y del poder, de la representación política, y de la gobernabilidad.

En otros casos, las propuestas se dirigen a plantear la necesidad de construir nuestra modernidad, desde una «democracia comunal que se construiría potenciando las ingobernabilidades, reuniéndolas en un movimiento político que no diluya las diferencias, sino que las mantenga; y que proponga una imagen de sociedad acorde con la diversidad de sectores sociales que nos conforma»²⁰

Otra tendencia que se logra advertir en los estudios sociales es el análisis

de la realidad desde la heterogeneidad, concepto que ha sido planteado en forma paradójica. Por un lado lógicas específicas articulan a nuestra sociedad y dan cuenta de la heterogeneidad, y por otro esa misma realidad pretende la constitución de un sujeto único, que en términos de la modernidad es el ciudadano.

La heterogeneidad reflejada en la pluriculturalidad, en nuestra etnicidad fragmentaria, constituyen el fundamento de esa nueva imagen de totalidad que se está construyendo, y a la vez es una historicidad que va «haciendo el ser» como una identidad histórica. En este ámbito «nos encontramos «haciendo el ser», que es básicamente para nosotros, ser social, mediante un hacer parcializado que pretende fundarse en lo universal y que aspira a ello como única justificación posible...»²¹

América Latina y su historia tienen que ser vistas desde un amplio horizonte de sentido -para superar la visión unilateral que de ella se ha tenido, y a la que ha sido condenada- en la perspectiva de recuperar sus reales posibilidades y potencialidades históricas.

¹⁹ PACHANO, Simón, Op. cit., p. 2.

²⁰ Proyecto. Op. cit. p. 6.10.

²¹ ROIG, A. A., Op. cit. p. 21.

Bibliografía

- DIARIO HOY. Suplemento N° 10: «Sexto Sentido». Entrevista a Amparo Menéndez.
- DIARIO HOY. Suplemento N° 10: «Sexto Sentido». Entrevista a Patricio Moncayo.
- ECHEVERRIA, Bolívar. «Modernidad y capitalismo». Revista Nartz del Diablo N° 15, 1990.
- ECHEVERRIA, Julio. Modernización y gobernabilidad en el Ecuador: dilemas y las perspectivas. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales. FLACSO. Sede Ecuador, Volumen I, N° 1, 1991.
- FUKUYAMA, Francis. ¿El fin de la historia? Revista The National Interest. 1989.
- HABERMAS, Jurgen. Ensayos Políticos. Ed. Península N° 207. Barcelona, 1988.
- — Conciencia moral y acción comunicativa. Ed. Península N° 34. Barcelona, 1985.
- LEDGARD, Reynaldo. «Condición urbana y modernidad». Modernidad en los Andes. Centro de Estudios Regionales Andinos «Bartolomé de las Casas», Cuzco, 1990.
- LEVI STRAUSS. El hombre desnudo. Edit. Siglo XXI, México, 1976.
- PACHANO, Simón. «Crisis de legitimidad del Estado: Estado y sociedad civil». Ponencia presentada al I Seminario sobre Pensamiento Social en el Ecuador y América Latina. «Modernidad y Modernización en el Ecuador de Hoy». Cuenca, 1991.
- Proyecto Conflicto y modernización en el Ecuador de hoy. Impactos sociales y políticos de la modernización, presentado y aprobado por el CONUEP, IDIS, 1993.
- QUIJANO, Anibal. Modernidad, identidad y utopía en América Latina. Ediciones El Conejo. Quito, 1990.
- RAMON, Galo. Indios, crisis y proyecto popular alternativo. Centro Andino de Acción Popular. Cuaderno N° 19. Quito, 1998.
- ROIG, A. A. Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano. Fondo de Cultura Económica, México, 1981.
- SANCHEZ-PARGA, J. «La sociedad contra sí misma o por qué son democráticamente ingobernables nuestras sociedades». Memorias del VI Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador y América Latina. IDIS, Cuenca, 1989.
- — Etnia, Poder y Diferencia en los Andes Septentrionales. Ediciones Abya Yala. Quito, 1990.
- SANTOS, Enrique. Heterogeneidad social, pluriculturalidad y legitimación del Estado. Comentario a la ponencia «Crisis de legitimidad del Estado: Estado y sociedad

civil». I Seminario sobre Pensamiento Latinoamericano y Ecuatoriano. Cuenca, 1991.

SARTRE, J. P. El último metafísico. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1968.

VATTIMO, Gianni. Más allá del Sujeto. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica. Ed. Paidós Ibérica, S.A. Barcelona, 1989. ●